

HISTORIAS DE LA OCUPACIÓN
CHILENA DE LIMA (1881-1883)

LA CIUDAD QUE NO EXISTE

Bruno Pólack Cavassa

 Planeta

1. Llamadas telefónicas

Yo crecí en una Lima en la cual aún se podían escuchar en los almuerzos, en las sobremesas, algunos comentarios de odio hacia los chilenos. Era mitad de los años ochenta del siglo recién pasado. Los gobiernos militares de la década del setenta habían exacerbado, entre nosotros, una impronta altamente patrioter, que no demoró en devenir en un extraño chovinismo y ánimo de resarcimiento. Lo curioso era que todo este cúmulo de sensaciones no estaba dirigido hacia muchos otros países o, al menos, a nuestros cinco países fronterizos, sino solo a uno de ellos, a Chile.

Mi muda participación en aquellas conversaciones cuando todavía era niño, en vez de hacerme reafirmar lo escuchado, me llevaba a formularme un sinnúmero de preguntas (según yo, interesantes e irreverentes), aunque recuerdo que solo pude verbalizar una, sabiendo que tenía, por mi escasa edad, solo oídos, pero no voz ni voto. Aquella vez, un tío se había enfrascado en una de esas monsergas antichilenas cuando pregunté, en voz no muy alta, pero con el tono suficiente para que se me prestara atención: “Pero tú estuviste en esa guerra, ¿verdad, tío?”.

Mi intención de ninguna manera fue usar algún tipo de sarcasmo, ni poner en jaque al tío disertante; mi duda era absolutamente genuina. El tema de la “guerra con Chile” era tan recurrente en el imaginario popular, nuestros héroes estaban tan presentes en la cotidianeidad, tan santificados, que yo creía que aquel conflicto se había llevado a cabo, forzosamente, hacía solo un puñado de años. Quizá si me esforzaba un poco podría recordar algo, pensaba incrédulo, cuando escuché

la respuesta del tío, el cual ni por casualidad se había sentido aludido: “No, sobrino, esa guerra sucedió hace más de cien años”.

No voy a mentir y decir que no entiendo la pasión que despierta el estudio de las guerras. La pasión que despiertan las banderas, los escudos, el nacionalismo. No voy a decir que nunca he sentido ese cosquilleo de orgullo o de rabia cuando repasaba pasajes de, por ejemplo, el combate de Angamos o la batalla de Arica. Pero debo admitir que si por algo me afané, desde muy chico, con el estudio de la guerra del Pacífico, no fue, en principio, por ninguno de estos motivos, por los cuales siempre he sentido una desconfianza y una aversión infinitas. En cambio había otras preguntas que sí despertaban sinceramente mi curiosidad: ¿cómo un hecho desfavorable de hacía más de un siglo podía seguir en el imaginario colectivo de una manera tan presente?, ¿cómo una derrota, una animadversión tal, podía sumarse como un elemento para definirnos como sociedad?, ¿cómo es posible que existan heridas que parecieran no cicatrizar nunca?, ¿a quién, realmente, perjudicaba esta imposibilidad nuestra para superar lo adverso?, ¿a quién culpamos de lo sucedido o a quién seguimos culpando?, ¿es cierto que también debemos aprender de las derrotas? Pero, sobre todo, no dejaba de preguntarme, más allá de las cuestiones bélicas, ¿cómo vivían las familias en esos días?, ¿qué pensaban las madres, los hijos, los hombres que iban a la guerra?, ¿cómo se vivieron aquellos años de la ocupación de Lima?, ¿lesionará lo sucedido nuestra relación binacional por el resto de nuestras vidas?

Pero más allá de aquella animadversión a nuestro vecino del sur, la situación cambiaba considerablemente cuando a la casa grande, a la casa de los abuelos, se anunciaba la pronta visita de nuestra familia chilena. Las habitaciones eran reorganizadas con grado de urgencia, se compraban sábanas y toallas nuevas, se limpiaba a fondo la sala, el comedor, los baños; se

podaban las matas salvajes del jardín, que casi ahogaban las rojísimas rosas de mi abuela. Todos ayudábamos de alguna forma para que la casa quedara impecable para los invitados. Nosotros mismos nos poníamos nuestras mejores camisas y nuestros mejores vestidos. Los días previos las conversaciones giraban sobre a qué lugares de Lima llevaríamos a pasear a nuestros invitados, a qué restaurantes iríamos a comer, qué platos se prepararían en casa. La causa y el lomo saltado, por ejemplo, se podían preparar aquí, el ceviche era mejor pedirlo. El pescado no podía ser otro que lenguado.

La alegría y el entusiasmo de mi abuelo eran sinceros. Su hermana mayor, Carmela Cavassa, descendiente como él de un migrante genovés, había partido desde muy joven a vivir a Santiago con su hijo en brazos. Sucedió que, a finales de los años veinte, un periodista deportivo había venido al Perú a cubrir un importante evento futbolístico. En el año 1928, el Colo-Colo llegó a Lima para jugar un campeonato relámpago. Durante aquellos días el periodista y la joven peruana se conocieron, incluso él decidió quedarse en Lima por un tiempo indefinido, hasta que Carmela quedó embarazada. Al enterarse de su paternidad, y ya casi llegado el día de nacimiento, el periodista deportivo huyó y tomó el primer barco para Valparaíso. Pero por una de esas vueltas que da la vida, se volverían a juntar y la familia en Chile, hoy por hoy, es tan numerosa como la peruana.

Toda la familia los esperaba con entusiasmo. Sobre todo recuerdo las primeras visitas, en la década del ochenta, primeros años de los noventa, cuando mi afición de periodista, por decirlo de alguna manera, o de chismoso, para ser más francos, era más grande que mi afición por el fútbol. Como las redes sociales no existían y los medios para interactuar eran limitados, y yo era un chico que no podía salir más allá de los límites de su cuadra, me dedicaba a llamar por teléfono y hacer preguntas. Primero llamaba a los números que conocía:

algunos tíos, compañeros de colegio, a mis abuelos, hasta a varios de mis profesores. Luego empecé a llamar a números de teléfono al azar con ayuda de la guía telefónica. Cada llamada era interesante porque no sabía de antemano quién podría contestarme en esa casa. No existían todavía los celulares. La voz de mi futuro interlocutor era una incógnita hasta oír del otro lado de la línea el esperado “¿aló?”, y ahí recién sabías con quién estabas hablando. Luego hacía lo mío. Las preguntas que les formulaba a mis asombrados interlocutores versaban sobre temas que yo escuchaba hablar en las sobremesas o en algún programa de televisión y que me generaban muchas dudas y provocaban interés. Crisis política, música, comida, fútbol y, por supuesto, la guerra con Chile.

Todas las llamadas eran meticulosamente grabadas, acercando la radio al auricular del teléfono fijo; solo tenía que esperar que contestaran y apretar el botón rojo que decía “REC”. La calidad de la grabación era ínfima, pero suficiente para luego hacer una selección y una edición de las mejores respuestas y guardarlas en una colección de casetes a los que rotulaba con el mismo encabezado: “Llamadas telefónicas”. Lo que sí variaba era el subtítulo que le escribía a cada una para identificar el tema: “Alan García”, “Italia 90”, “Mario Vargas Llosa”, “Cómo se prepara el ají de gallina”, “Fútbol peruano”, “Guerra del Pacífico”, etcétera, etcétera.

Mi tío Ernesto y su familia han venido innumerables veces de visita a Lima, pero la primera vez de la cual guardo memoria (no tendría más de doce años) llevé con entusiasmo los casetes rotulados como “Llamadas telefónicas / Guerra del Pacífico”. Mi afán, sin duda, era investigativo y amistoso. Luego me di cuenta de que en ninguna de aquellas conversaciones grabadas me había identificado, por lo que podían ser tomadas de alguna manera como bromas o llamadas anónimas, no como lo que eran: un trabajo serio de investigación y curiosidad juvenil. No sé si algún pariente o amigo, al levantar el

teléfono, llegó a reconocer mi voz y decidió seguirme el juego, pero aquella vez, con mi tío Ernesto presente, no me animé a reproducir las cintas en público, porque mostrarle esas grabaciones hubiera sido, quizás, algo incómodo para él; pero sobre todo porque podría haber sido muy vergonzoso para varios de los presentes en aquella visita. Quizá algunos parientes no saldrían de su asombro al reconocer sus voces en las grabaciones anónimas, diciendo algunas cosas sensatas, pero también, créanme, muchas tonterías.

Ahora que escucho nuevamente esas grabaciones, con distancia crítica, descubro que contienen respuestas valiosísimas para entender las preguntas que me hacía en esos años y que aún me sigo haciendo. Las escucho y recuerdo a mi tío Ernesto, y estoy seguro de que muy pronto, cuando se las haga escuchar, se divertirá muchísimo. Él más que nadie. Las últimas veces que me ha tocado viajar a Santiago lo he llamado por teléfono y siempre ha tenido tiempo para encontrarnos, tomarnos un helado y conversar. Mi tío Ernesto todavía es aquel niño que viajó en barco a inicios de los años treinta, en los brazos de su madre, la hermana de mi abuelo, de Lima a Santiago. Aquel que me cuenta que compartió aulas con Enrique Lihn y con Alejandro Jodorowsky. Hoy es un joven de noventa y tres años, que aún sigue atendiendo en su consultorio médico frente al parque Bustamante.

La última vez que visité Santiago me invitó a cenar junto a sus hijas y, luego de conversar sobre los parientes peruanos y contar historias de sus nietos y bisnietos, de lo mucho que mi madre se parecía a su madre, y de toda la historia de cómo había llegado desde muy niño a esa ciudad en los años treinta, me animé a preguntarle cuándo era que por fin se había nacionalizado chileno. Porque para nosotros, en Lima, el tío Ernesto Mellibosky Cavassa era la quintaesencia de lo chileno. La respuesta asombró incluso a sus propias hijas, que parecían no saberlo o no recordarlo.

—No, sobrino, yo nunca me he nacionalizado, yo sigo siendo peruano.

Entonces nos miramos, mientras levantábamos las copas, y lo entendimos. Todo eso somos.

2. El retorno de un viejo amigo

Antonio cerró el voluminoso libro como si fuese un portazo.

¡Plaf!

Pequeños trozos y mucho polvo blanco de la escayola que rodeaba a la lámpara del comedor cayeron sobre la mesa, donde se había sentado a leer desde que terminó el improvisado almuerzo.

Por un instante puso su rostro sobre la tapa dura del libro que tomaba con las dos manos mientras cerraba los ojos, ajustándolos. No tuvo tiempo de poner el marcador en la página en que había interrumpido la lectura, antes de oír a su hermana gritar desde el rellano superior de la escalera. En la tapa verde solo se veían escuetas letras doradas que decían *Moby Dick*, Herman Melville, y en el centro una silueta a bajorrelieve de lo que parecía ser una inmensa ballena.

¡Plaf!

Nuevamente. Pero esta vez el sonido fue atronador y claro. Más nítido. No hubo ruido alguno que lo disimulara. Nada absolutamente que se superpusiera a la tragedia. En sus pensamientos de niñez, Antonio solo pudo compararlo con aquel juego que tenía con sus hermanos de tirar las bolas de billar contra la pared de quinchá, lo más fuerte posible, para ver quién hacía la hendidura más profunda.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

Los estruendos cada vez se hacían menos espaciados y más cercanos.

—¡El *Huáscar*! —gritó Rebeca—, ¡el *Huáscar*! ¡Está disparando sobre los acantilados!

Antonio, sin soltar el libro, se puso de pie y corrió a trompicones por las escaleras hacia el segundo piso, donde su madre y Rebeca miraban por el amplio ventanal que daba a la bahía de Lima.

—Mierda, el *Huáscar*—susurró esta vez la madre, tan quedamente, con tanta tristeza, que con las justas sus dos hijos, casi abrazados a ella, pudieron escucharla.

Ninguno salía de su asombro. Ninguno podía creer que el barco que se había convertido en una leyenda para todos los peruanos, al mando de Miguel Grau (hasta su caída en el combate de Angamos), estuviera esta vez frente a la costa limeña apuntando su artillería giratoria contra los altos acantilados. Varios balnearios de la capital se situaban en el borde superior de esta medialuna, a unos cincuenta metros sobre el nivel del mar, la cual había servido incluso durante mucho tiempo como defensa natural contra los ataques de barcos piratas. Al lado izquierdo, bajo un inmenso promontorio, que semejaba un animal marino enterrado, se encontraba el balneario de Chorrillos, que a esa hora, casi a las dos y treinta de la tarde, seguía humeando por el atroz saqueo que había sufrido hacía tan solo dos noches. Unos cinco kilómetros luego, a mitad de camino, separados por varios campos de sembríos, se encontraba Barranco, que no era más que un puñado de casas de veraneo, al lado de una fantasmal estación de tranvía, casas que también habían sido saqueadas y convertidas en escombros.

Todo eso se divisaba desde el ventanal del segundo piso de la casa miraflores del señor Juan de Dios Aliaga, padre de Antonio, el cual solo hacía unos días había decidido enrolarse junto a sus dos hijos mayores, Toribio y Alberto, en los batallones de reservas para la defensa de Lima. Se sabía que esa era la última oportunidad de darle un giro milagroso a lo que ya era inminente. En los casi dos años que habían transcurrido desde el inicio de la guerra, el 5 de abril de 1879, en Lima se

hablaba de esta como algo remoto y lejano. Ahora el ejército chileno estaba, literalmente, a tiro de piedra. Defender Chorrillos y Miraflores era, en realidad, solo un asunto de honor.

Se habían conformado batallones de todo tipo de oficios para la defensa de Lima: de zapateros, de jueces, de alumnos y catedráticos universitarios, de cocineros, de artesanos, hasta de escolares. Los tres, padre e hijos, se habían enrolado en el batallón que reunía a los trabajadores de aduanas. El señor Aliaga tenía una firma importadora y exportadora de diversas mercancías de Europa, en la cual, eventualmente, sus hijos lo ayudaban. Sin embargo, bien pudieron Toribio y Alberto ser parte, como estudiantes de medicina, del batallón encabezado por Daniel Alcides Carrión (quien no estaba destinado a morir este día, pero sí algunos años después, cuando se inoculó él mismo la bacteria de la verruga para poder hallar la cura), quien se encargaría de desplazarse por todo el campo de batalla brindando ayuda a los heridos.

Fue, sin duda, el cumpleaños más raro que le tocó vivir a Antonio ese sábado de verano, cuando cumplió los doce. La ansiedad los había hecho despertar a todos temprano, por lo que su madre y su hermana Rebeca, sin perder tiempo, le entregaron el regalo que su padre le había dejado cuidadosamente envuelto. La sonrisa de sorpresa fue franca, no esperaba un regalo en esas circunstancias. Así que tomó el voluminoso objeto y rompió el papel con ansiedad. El cielo limeño, a esa primerísima hora de la mañana, ya estaba claro y reflejó en sus ojos las impactantes letras doradas y el sinuoso dibujo.

—El color verdoso de la tapa parece el mar de Lima, ¡mira, mamá!, y esta enorme ballena es como el morro solar de Chorrillos.

Ambas entendieron su entusiasmo, pero no tuvieron ánimo para contestarle nada. La madre escondía bastante mal la inmensa angustia que sentía por sus dos hijos mayores y su esposo, de los cuales solo sabía, por una nota escueta recibida

el día anterior, que se encontraban bien de salud y esperando, con el ánimo al tope, el momento decisivo que no demoraría en llegar. Sabía que las autoridades chilenas y peruanas habían firmado un cese al fuego para ese día, de manera que los cañonazos y el estruendo de voces y de balazos que iba en aumento la sumieron en la más grande desesperación.

¡Plaf! ¡Plaf!

Esta vez los proyectiles no solo daban en la enorme barrera natural que conformaba el acantilado, desprendiendo grandes cantidades de tierra y rocas, sino que algunos lo sobrepasaban con facilidad y caían cada vez más cerca de la línea de defensa peruana.

—¡No solo el *Huáscar*, mamá, los otros dos barcos también están disparando sus cañones contra Miraflores! ¡Tenemos que salir lo más rápido que se pueda! —alertó Rebeca, mientras levantaba con apuro la pequeña maleta que había llenado con las últimas cosas que le faltaba empacar.

Casi todas las casas de Miraflores ya estaban vacías y tapiadas, la mayoría de los vecinos había partido a Lima o a la ciudad de Ancón, en la costa norte, a unos cuarenta kilómetros de distancia, donde se contaba con la protección de muchos barcos internacionales. El día anterior, Elena de la Haza, sabiendo que corría una tregua y aprovechando que disponía de una carreta jalada por un pequeño caballo (de los pocos que no había sido asignado a las actividades bélicas), tomó a sus dos hijos menores y se animó a ir por las últimas cosas de valor que aún le quedaban en la casa de Miraflores. Ahora se lamentaba. Su familia en Lima le decía que regresar, a solo pasos de la última línea de defensa, era una completa locura. Pero la idea de perder todos los documentos y fotografías familiares la hizo cometer ese acto de intrepidez. Los Aliaga, la familia de su esposo, eran una de las pocas que aún conservaban la raigambre colonial. En cambio, su familia —los De la Haza— provenía del puerto de Paíta, y tanto su abuelo

como muchos de sus familiares habían elegido la profesión de marinos.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

—¡Rebeca, Antonio! ¡Dejen todo, vámonos ya!

Elena bajó las escaleras a toda prisa. En las manos solamente llevaba el sobre con los documentos y las fotografías familiares. A pesar de los nervios, abrió rápidamente la puerta de la casa y avanzó hacia la carreta, seguida muy de cerca por Rebeca. El ruido, los gritos y el olor a pólvora eran violentamente empujados por el viento y casi se volvían palpables.

Antonio, con su libro en la mano, estaba paralizado delante del gran ventanal del segundo piso, mirando cómo aquellos tres barcos de guerra, posados sobre el frío y siempre calmo mar de la bahía de Lima, lanzaban bolas de fuego contra el campo de batalla mirafflorino. Su madre y su hermana gritaron fuerte su nombre, lo que lo hizo despertar súbitamente del asombro. Su última mirada se dirigió hacia Chorrillos, hacia la izquierda, donde el morro solar humeaba como una gran ballena petrificada, como si de pronto hubiera decidido respirar y expulsar un lento e interminable chorro de vapor, o como si siempre hubiera estado dormida y hoy estuviese herida de muerte, avergonzada, expulsando las últimas estelas de humo hacia el cielo soleado de Lima.

Antonio bajó de dos en dos las escaleras, cruzó la sala casi sin tocar el parqué y salió por la entrada principal. Su madre y su hermana lo esperaban ansiosas, recriminándolo, subidas sobre la carreta, a punto de partir. No tuvieron tiempo de subir nada de lo que habían preparado, por lo que regresaban a Lima casi con lo puesto. ¿Qué habrá pasado para que se iniciara un enfrentamiento no programado para ese día? ¿Quién y cómo habrá roto la tregua que debía durar hasta las doce de la noche? Para muchos combatientes iba a significar morir en la víspera.

Por fin la carreta avanzaba lo más rápido que podía, que no era demasiado. Eran las dos y cuarenta y cinco de la tarde del sábado 15 de enero de 1881. Antonio volteó por última vez; la puerta de la casa quedó abierta.